

JUNIO 20

Un pitazo estridente y prolongado; una columna de espeso y negro humo; una fuerte sacudida y luego la marcha, lenta al principio definitiva luego.

Atrás se queda la ciudad que poco a poco se despierta de su sueño reparador para reanudar sus actividades diarias.

Vamos en un carro de primera del Ferrocarril de Antioquia, en la sección Medellín-La Pintada. Somos en total veintiún excursionistas de la Escuela Nacional de Minas, de los cuales dos son profesores y el resto estudiantes de cuarto año.

Los observo uno por uno: el doctor Roberto Wokittel, alemán, hombre maduro, serio, es el prototipo del germano; el doctor Antonio Durán (alias “El Negro”), muchacho recién graduado, moreno, adiposo y que todavía no ha

dejado de ser pato; nosotros los estudiantes, el menor de veintiuno y el mayor de veintisiete años, alegres, optimistas, medio bohemios, amigos de reírse de todo, pero incapaces de hacer mal a nadie.

En el asiento que está adelante del mío, Naranjo, ultragodo, lee *El Colombiano* a Zapata, liberal recalcitrante, que refunfuña por lo bajo.

Dos o tres van callados, medio tristes quizás por el recuerdo de la madre o la novia que dejan: ya les pasará esa tristeza. Los de más allá hacen proyectos heroicos para el futuro: rascas monumentales, conquistas amorosas en todas las ciudades que visiten, etc.

Miro por las ventanillas; parece que estuviéramos quietos y que el paisaje se moviera vertiginosamente a nuestra vista. Es necesario tomar un punto de referencia lejano para darnos cuenta de que somos nosotros los que nos deslizamos por las interminables paralelas grises.

Pasamos en estos momentos por la región de los carbones terciarios de Amagá, que

constituyen una riqueza fabulosa para Antioquia.

Me siento con hambre; no he desayunado; voy al vagón restaurante y me como de una sentada tres chorizos, dos arepas y una taza de café con leche; inmediatamente reacciono y mis ideas son más lúcidas: comprendo que hay una estrecha relación entre el estómago y el cerebro, porque el hombre hambreado no piensa. ¿Será que el centro de nuestros pensamientos radica en el estómago? ¡Quién sabe! Estudiaré después esta importantísima cuestión con más detenimiento.

Las casitas de los campesinos lanzan al espacio el humo de sus hogares, que sube verticalmente al cielo como si fuera un sacrificio ofrecido al Dios de una religión exótica; este humo es el índice fiel de la constancia de la campesina antioqueña, tan sufrida y abnegada.

En estos momentos pasamos los primeros túneles: uno, dos, tres, cuatro y cinco.

Peláez ladra, aprovechando la momentánea oscuridad; lo hace tan perfectamente que

estoy por creer que el hombre, al menos Peláez, desciende del perro y no del mono, como dijera Darwin.

Actualmente hay gran expectativa entre los estudiantes; Botero nos prepara una sorpresa; vamos a contemplar la obra cumbre de la ingeniería a los ruanazos... Cuando estamos a punto de estallar de ansiedad el amigo Botero nos señala a un lado de la vía una tentativa a puente diseñada por él durante las vacaciones de diciembre, con el objeto de llevar el agua a la finca del Mono Escobar, su primo. Yo aconsejaría a éste que abriera un pozo artesiano, porque estoy seguro que dentro de poco tiempo de tal puente no existirá ni el recuerdo, dadas las condiciones del diseñador. Esta obra gigantesca grabará el nombre de Botero en las páginas de la Historia... Natural, en la sección Zoológica.

Seis, siete, ocho; continúa el rosario de túneles.

Por fin bajamos al valle del Cauca; el calor ya es sofocante; la mancha café rojiza del ganado, resalta sobre el verde de los prados.

A las diez y media en Bolombolo; dejamos el tren y tomamos dos camiones que deben conducirnos a Bolívar.

Primera estación; aquí se reventó una llanta y nos tenemos que bajar; vamos a una tienda cercana y compramos sombreros de caña; el mío es uno policromo de veinte centímetros de ala, parecido al que gastan los charros mejicanos.

Al fin se arregla el carro y podemos continuar el viaje que ya se hace pesado por el calor y la monotonía.

A la una y diez minutos nos desmontamos en Bolívar; los que habían llegado antes al pueblo en el primer camión nos tenían preparado alojamiento en un hotel situado en el marco de la plaza. Almorzamos; a causa del gran número de comensales y de las pocas sirvientas, entre plato y plato hay un intermedio tan largo que unos tienen tiempo de fumar, otros se bañan y algunos, entre ellos la marmota de Toro, duermen a pierna suelta; después de que tratamos de almorzar, viene la siesta en las pocas camas del hotel; hubo lecho que pudo con cinco tipos de

regular volumen; el general Uribe, por su gruesa humanidad, necesitó una cama de matrimonio y a pesar de esto, sus morbideces colgaban de los lados de la cama como la natilla de pobre que, cuando se coge entre las manos, se brota por las junturas de los dedos.

Salimos a conocer la ciudad que es pintoresca y bien construida por lo general; está situada sobre las riberas del río Bolívar; aquí saludo al padre Naranjo, hermano de nuestro compañero del mismo apellido, cura ilustrado, amplio y simpático.

Envolatamos el principio de la noche conversando con las bolivarenses, que son bonitas e inteligentes.

La dormida es mala; me toca en suerte una cama que huele a nido de gulungo; para poder conciliar el sueño, me tengo que amarrar de las narices un pañuelo empapado en alcohol.

JUNIO 21

Siete y media de la mañana. Hemos acabado de trepar una falda de unos cuatro kilómetros llamada La Linda, la primera de la Cordillera Occidental. Nos encontramos en este momento en una posada situada en el límite entre Antioquia y Chocó, del caserío La Mansa. ¡Qué cuesta tan dura! Le faltan pocos grados para ser pared, según dijo uno de los excursionistas.

Salimos de Bolívar a las cinco y media de la mañana; a pocas cuadras de la salida de este pueblo encontramos el mojón ciento cuarenta, es decir, tenemos veintiocho leguas para andar a pie hasta Quibdó. ¡Paciencia!

Al frente de la posada, Muñetón se pone a ordeñar una vaca; ¡qué facilidad tan asombrosa! Se ve que ha pasado la vida en estas faenas. Como lleva a las espaldas un morral de cuero de toro, al que le dejaron el pelo, dice el viejo Uribe que es “que la vaca cree que le está mamando el ternero y que por eso suelta tan fácil la leche”.

Tres largas subidas y las tres bajadas correspondientes y a las once del día estamos en

El Carmen de Atrato, la primera población por este lado, de la Intendencia del Chocó; veintidós kilómetros en cinco horas; no venimos cansados. Los que alquilaron bestias en Bolívar no han aparecido.

El Carmen es un pueblecito de pocas manzanas, situado en una ladera; la iglesita está en construcción; tiene unos tres mil habitantes.

Ferrer, que vino ayer a caballo, había anunciado nuestra llegada, y por esto nos habían preparado un gran recibimiento; muchas personas, el alcalde, el personero, etc., nos vinieron a visitar; un señor, don Víctor Domínguez, colector de Hacienda, representante al Congreso, gran conservador, un poco regionalista, nos dice que cuando él fue a estudiar a Bogotá en 1895, época en que aún el Chocó pertenecía al Gran Cauca, era tal la ignorancia que había acerca de esta región que actualmente visitamos, que dos estudiantes de Palmira le preguntaron dónde quedaba el Chocó y si había muchas culebras; el señor Domínguez, compadecido de tanta ignorancia, les contestó que

había tanta, que las mujeres cuando se peinaban no se sacaban piojos sino culebritas. Nosotros pensamos que hoy, en la época del avión, se sabe tanto del Chocó como en las postrimerías del siglo pasado.

El señor Domínguez nos encarece que trabajemos en lo que podamos a nuestra vuelta a Medellín, porque sea una realidad la carretera Quibdó-Bolívar; con gusto prometemos hacerlo.

En El Carmen hay minas de oro muy ricas; nos dicen que la semana pasada sacaron a batea, de un aluvión, dos libras de oro.

¡Caramba! Qué gente más formal. No saben qué hacer con nosotros; supimos que el Concejo, en sesión plena, nos declaró huéspedes de honor y que todos los gastos corrían por cuenta del municipio.

A las doce llegaron los de a caballo; me cuentan que Gutiérrez alquiló un guerebe muy malo; en cierto punto le comenzó un encarnizado hipo al jinete y cuando éste hacía “hip” por delante, el caballo le hacía dúo por detrás; así caminaron largo rato en medio de

las risas de los otros; en cierta tienda se bajaron a tomar leche y el desvencijado rocín, sacando fuerzas de su flaqueza, olvidó que tenía amo y tomó las de Villadiego; con el susto se le pasó el hipo al Zorro, que es como llamamos familiarmente a Gutiérrez.

El sermón de anoche del señor cura versó sobre nosotros; el padre dijo que se nos debía atender muy bien, porque éramos individuos que dejábamos nuestras comodidades de la ciudad y nuestra vida regalada, para venir a sacar estas regiones del abandono en que las tenían los gobiernos centrales y por allí se les fue metiendo.

Hemos conversado con las simpáticas muchachas de esta culta sociedad; son muy despiertas y amables.

La comida está maravillosa y las camas pintan mejor; ¡esto está bueno!

A las ocho fuimos a la sesión extraordinaria del Concejo; el señor presidente le entregó al doctor Wokittel el pliego en que se nos declaraba huéspedes de honor, después de que el

señor secretario lo hubo leído; un señor cuyo nombre no sé, leyó un bien cortado discurso lleno de elogios para nosotros. Vallejo dio los agradecimientos por todos; estuvo muy lucida su disertación. Se cerró luego la sesión y charlamos un rato.

El recuerdo de El Carmen de Atrato no se borrará nunca de nuestros corazones agradecidos.

El señor cura nos invitó a las nueve de la noche a una copa en su casa. Yo me fui a acostar porque el frío era insoportable. La dormida estuvo como la comida: espléndida.

JUNIO 22

Hoy no hemos hecho sino subir y bajar; ocho eternas leguas recorrimos; el almuerzo fue salchichón, queso y panela; a las cinco y media llegamos al Salado; nos repartimos en dos casitas situadas a un kilómetro de distancia; mandamos preparar gallina que materialmente

devoramos y luego nos dispusimos a dormir; no había sino dos camas que se las repartieron los doctores (¡quién fuera doctor!) y los enfermos; nosotros dormimos en el suelo limpio; ventea horribilmente y el frío entra por los enormes huecos que tiene el suelo y las paredes de madera; como por estos huecos no entren culebras que son tan comunes en esta región, aun cuando entre hielo venteado; no llevo cobija por lo cual me forro completamente el cuerpo; me pongo la pijama, tres pantalones, un saco de paño, dos camisas y unas medias de lana, por almohada mi morral de cuero y así me duermo al poco rato; al filo de la medianoche nos despierta una terrible tempestad acompañada de fuerte lluvia; me cae una gotera en la cabeza, otra en el estómago y la tercera en los pies y para disminuir el área mojable me pongo de pies y así no me cae sino una; en la misma triste situación están mis compañeros de pieza; los rayos y truenos se suceden sin interrupción; a ratos parece que el viento fuera a arrancar de su base nuestro pobre albergue. Creo que en una noche como es-

ta se inspiró Saint-Sáens, el compositor de *La danza macabra*. Al fin vuelve la calma y dormimos hasta el día siguiente.

JUNIO 23

A las cuatro de la tarde llegamos a la posada La Virgen, después de caminar seis leguas; nuestra intención era avanzar hasta La Equis, dos leguas adelante, pero nos dijeron que en este punto había viruelas y que no se encontraban posadas intermedias; hoy hemos estado divididos en patrullas; los de más atrás dormimos en una casita de antioqueños; otros, dos kilómetros más adelante; otra parte en La Equis a pesar de las viruelas y el resto en La Granja; Gerardo Botero, que durmió anoche con nosotros en la casa de la tempestad, fue hasta La Granja, haciendo de esta manera un recorrido de nueve leguas y media; este tipo no se queja de nada; aquí lo llamamos Pinocho, el hombre de palo.

Vienen tres enfermos; el negro Durán de los riñones, Garcés de fiebres según dice él y

Toño Escobar de reumatismo; en realidad vienen mamados, como dicen vulgarmente.

La cama de esta noche es un corredor descubierta, donde ventea por los cuatro costados. Debajo del entablado hay unos marranos que toda la noche chillan; no cesa de llover.

Al día siguiente nos dijeron los colonos antioqueños que aquí no había marranos; los chillidos que no nos dejaron dormir no fueron otra cosa que los ronquidos de Garcés.

Me comienza la gripa pues hoy nos cayeron dos fuertes aguaceros que hube de recibir en las espaldas, porque no había más donde; no nos pudimos guarecer en ninguna parte, pues estas regiones son completamente deshabitadas; por ahí cada cuatro leguas una choza donde no se consigue ni café negro; de resto, la espesa selva chocoana donde la culebra es dueña y señora absoluta.